



CRÓNICA

VALSAÍN - LOMA DEL NORUEGO - BOLA DEL MUNDO

2 de diciembre de 2017

por Alberto Gonzalo

A 8 grados bajo cero, un viento que nos hacía tambalear, ventisca y una niebla que tapaba la Bola del Mundo, a escasos metros de distancia según decía nuestro Ángel, porque ver no veíamos nada, recordé una vez más el momento en que consulté en la página del club la ficha de la excursión “Pinar de Valsaín, Loma del Noruego y Bola del Mundo”. La foto que la ilustra muestra una mañana clara, serena, con la cumbre del pico cubierta ligeramente de nieve al fondo, y tres montañeros caminando plácidamente. Una excursión cómoda de sábado por la mañana, pensé.

Sin embargo, esa fácil caminata por los pinares y la sierra se tornó en una experiencia fantástica de conocimiento de la montaña, la naturaleza y superación de la adversidad, y, por otra parte, en una inyección de autoestima, orgullo y satisfacción que solo se obtiene cuando uno salta la raya y sobrepasa los imaginados límites del territorio cotidiano.

Nada excepcional, pero para la mayoría, creo, algo fuera de lo normal.

Objetivamente, un grupo de 20 personas dispuestos a recorrer 16-17 kilómetros, con más de 800 metros de desnivel, en 6-7 horas de marcha, una temperatura inicial de -3 grados y nieve abundante.

La previsión un poco más dura. Nevadas, -8º en la cumbre, rachas de viento de hasta 60 kilómetros por hora, una sensación térmica de -20º, nubes bajas...

Con este panorama hacemos acopio de crampones y piolets por si acaso, y recuento de frontales – escasos, un fracaso-. En pocas palabras, un panorama que invita poco a salir “ahí fuera” al común de los mortales.

Pues con esta perspectiva partimos del Puerto de Navacerrada a las 10:30. Con retraso, ya que nos costó subir con los coches a pesar de las quitanieves por lo resbaladiza que estaba la calzada. Nada más salir del bar, donde nos reunimos y repartimos el material, cruzamos la carretera y nos adentramos en territorio virgen. La nieve impoluta, ni una huella. Iniciamos un cómodo y agradable descenso por el Pinar de Valsaín con unos grados bajo cero y 10-15 centímetros de nieve blanca, brillante, fina, mecida por el viento, hasta el camino viejo de Rascafría.

Tras un breve descanso comenzamos a subir y sudar, a pesar de la temperatura ambiente, por las rampas de la carretera siempre cubierta de nieve, y poco después, en un parada, alguien ve un whatsapp de Luis: ¿Dónde estáis??? ¡Por Dios, Luis no está en el grupo! Fue al coche a guardar material sobrante y no le hemos vuelto a ver. Qué error, contamos a la salida 20. Estamos 20, pero teníamos que ser 21. Luis se quedó en el aparcamiento. Llamadas telefónicas, disculpas, pena por la ausencia y el error –¡maldito error!-, búsqueda de solución alternativa... Sin embargo no pudo ser.

La subida hasta Cotos tiene algunas rampas empinadas pero la belleza del paisaje las hace llevaderas, ¡qué lástima que Luis no esté! Poco después nos cruzamos un alma aventurera, un corredor que desciende a grandes saltos equipado con raquetas. Sobre las 13:30 alcanzamos sin más contratiempo



ni dificultad la estación del ferrocarril, ¡bendito apeadero!, donde podemos comer algo cómodamente y prepararnos para el tramo más duro.

Media hora más tarde iniciamos la ascensión por la Loma del Noruego. Tras dejar atrás y próximos al aparcamiento a hombre, niño y perro, entramos de nuevo en la zona solitaria. Nieva y el termómetro baja, la niebla nos va cubriendo y cada vez se nota más el aire. Durante un tiempo vamos entre los troncos y ramajes retorcidos de los árboles, cubiertas sus hojas de blanco, y los piornos que apenas se dejan ya ver.

Precaución pues el grupo se alarga y la visibilidad se reduce. Aunque hemos salido a la zona despejada es difícil ver la mitad de la fila. Hay que mantenerse agrupados. La cabeza para, se arremolina para esquivar el viento que cada vez pega con más intensidad, y Víctor va pastoreando la cola hasta que logra agruparnos. Nuevo tramo de camino, hace frío, el pelo que sobresale de las capuchas se convierte en unos curiosos hilos blancos de escarcha al igual que las cejas que no van tapadas con gafas de ventisca.

Es el momento de aguantar el frío, cualquier cosa que precisa de las manos es difícil, pues en cuanto salen de los guantes se quedan aún más heladas y es difícil manejarlas con precisión.

Al poco llegamos a una zona mocha que la fe en Ángel nos hace creer que está junto a la cumbre, allí el aire es brutal, en algunas zonas te hace tambalear, la visión superreducida y la sensación de frío intensa. Pocos metros más adelante comenzamos a ver algunos postes de señalización convertidos en banderas de hielo por la nieve y el viento. Y no mucho más allá confirmamos la verdad de nuestra fe, se adivinan levemente las formas de unas construcciones que no pueden ser otras que las del alto de Guarramillas, sin embargo, a pesar de la cercanía no llegamos a divisar lo más característico de la cumbre, las antenas de RTVE.

Tampoco las buscamos, es cierto, no está el tiempo para entretenerse. De nuevo nos agrupamos, colocados como pingüinos para cobijarnos unos a otros, y en cuanto estamos todos hacemos una foto de grupo, quien tenga imaginación que ponga nombres a las sombras borrosas entre la niebla y la ventisca, e iniciamos la bajada.

El primer trozo por la pista de cemento era resbaladiza donde no había nieve abundante. Luego de volvernos a agrupar junto a la estación del telesilla, un remanso tropical de paz inesperado al resguardo del viento, seguimos por la pista de esquí, entre las piedras y las retamas, todo mezclado y unificado por la capa de nieve, unos a saltos rápidos y otros asentando el culo de vez en cuando.

Desde allí, tras la enésima reagrupación y tras un nuevo tramo de pista igual de resbaladiza – una nueva caída dolorosa de Sara, pobre– llegamos al punto de partida.

Son las 17:30, la luz va escaseando, la civilización de nuevo sobre nuestras cabezas. En las Dos Castillas entramos al mundo cálido y cómodo. La exigencia se acabó. Los clientes nos miran. No es para menos, tapados hasta arriba con restos de nieve por todas partes, con escarchada en las cejas, algunos o más bien muchos, al vernos pensarían *está gente está chalada salir a pasarlo mal con este tiempo*. ¡Y eso que ni se imaginaban el que hacía arriba! ¡Aún más difícil les resultaría entender lo que habíamos disfrutado!

El domingo, en una mañana con una atmósfera cristalina excepcional, viendo la hermosa estampa de la Sierra de Guadarrama desde Madrid nevada, pensé: lo que nos habríamos perdido si en lugar de ir ayer hubiéramos ido hoy.
